

VIDA ACADÉMICA

Para destacar

Discurso pronunciado por el graduando Guillermo José Garzón Sarmiento durante la ceremonia de graduación el pasado diciembre

Doctor Jairo Cifuentes Madrid, Rector encargado de la Pontificia Universidad Javeriana; Doctor Francisco Henao Pérez, Decano Académico de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana; Reverendo Padre Jairo Bernal Parra, S.J., Decano del Medio Universitario de la Facultad de Medicina, Señores Miembros del Consejo Académico de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Javeriana, directores de departamento, profesores, padres de familia, familiares y amigos, compañeros graduandos.

No fue fácil iniciar estas palabras. Con tanto tiempo de medicina en la cabeza y ya tan lejos de los ensayos de literatura y filosofía del colegio, la tarea parecía abrumadora. Traté de buscar un esquema que fuera apropiado para la ocasión y sólo apareció el de un artículo de medicina. Los materiales y métodos saldrían escarbando dentro de tantas anécdotas, tardes de anfiteatro y madrugadas en el hospital, llegaría después a los resultados de todos estos años y finalizaría con el análisis, en dos o tres frases de despedida. Al rato deseché la idea. ¿Cómo saber si la muestra es representativa cuando cada uno de nosotros lo es por el sólo hecho de estar aquí hoy? Además, por mucho que lo intenté, no logré hallar el riesgo relativo, ni la media, la mediana y el promedio a toda la emoción acumulada, a la nostalgia de llegar a un final. Por eso ahora quiero olvidarme de tecnicismos médicos y tratar de compartir con ustedes unas sencillas palabras.

Todo final arrastra tras de sí un nuevo principio. Puede que traiga incertidumbre o melancolía, pero ante todo el final, enmarca la importancia de lo único e irrepetible, de lo que se vive por una vez. ¿Qué sería de un cuadro sin todos sus colores o de un cuento sin su punto final? Pues ya llegamos al punto final de estos seis años, que pasaron volando y son valiosos por muchísimas cosas y entre ellas, quizás, la más importante fue que cada momento vivido llevó su toque único e irrepetible.

El final es el que nos preocupa hoy, sin embargo, es oportuno que pensemos en el principio, en la causa de haber escogido este camino y no cualquier otro. Esa causa es, por encima de todo, la materia prima de nuestro trabajo, es decir, el paciente. Porque el negocio del administrador o la arcilla del alfarero vienen a ser para nosotros las personas, las mismas que vemos en la calle o en los supermercados, y esa materia de trabajo es sublime... Lo es en cuanto nos da la oportunidad de conocer desde adentro un poco a la humanidad y aunque no lo queramos estar en contacto con los secretos más

profundos e intrincados de quienes vienen a consultarnos. Las consultas vendrán de ahora en adelante desde cualquier lugar, y es que la medicina no es una simple profesión, es un oficio, un estilo de vida y de eso no se puede escapar.

Pero las cosas no son fáciles de ahora en adelante. Adquirimos muchas responsabilidades y a la vez nos toca enfrentar obstáculos, uno de ellos es la falta de valor que se le da en ocasiones al ejercicio médico hoy en día, y no es sencillo hilar más fino en el tema. Me llega de la memoria una historia que leí o me contaron hace unos años, no recuerdo el nombre de los protagonistas ni el del autor, ni sé si la voy a narrar como es, trataré de hacerlo lo más parecido posible, aunque no me comprometo:

“Fue el hombre más rico de la comarca o del pueblo o la ciudad (no lo recuerdo) a visitar al pintor más reconocido de ese tiempo. Le dijo que estaba dispuesto a pagarle una gran suma de dinero si lograba al término de un mes (seis meses, un año o seis años, no lo sé) pintar el ave más linda del universo. Así se cerró el trato. Al pasar el tiempo fijado el hombre rico volvió por su encargo, “sí señor, siéntese por favor que ya le entrego su pintura” –dijo el pintor– y al mismo tiempo tomó un lienzo en blanco y con tres pinceladas y en tres segundos dibujó el ave más hermosa que se pueda imaginar. Indignado el hombre rico y muerto de la rabia le hizo saber al pintor que él no pensaba pagar ni un centavo por un simple trabajo de tres segundos y así se fue. Bajó el pintor a la gran bodega que se ubicaba debajo del local, la abrió, y melancólicamente observó los millones y millones de bocetos, acuarelas, lienzos, papeles rotos y cuadros de aves sin terminar, por los cuales se había quemado las pestañas noche y día sin descanso y dando su mejor esfuerzo durante todo este tiempo para aprender a pintar la mejor ave del universo en tan sólo tres segundos.

Y cabe una analogía. Pensemos que por un momento nos convertimos en pintores y que el pincel se transforma, por ejemplo, en un fonendoscopio. En ese orden de ideas también tenemos una bodega, sino que la nuestra está llena de turnos y rotaciones, exámenes, el internado, horas de lectura de textos de medicina o artículos y clases de muchos profesores. Sabiendo esto, los primeros que tenemos que valorar el acto médico, somos nosotros mismos.

Si... Desde mañana hay un nuevo principio en nuestras vidas. Mañana vamos a tomar la canoa y a salir de esta isla querida donde nos acompañaron y en donde nos identificamos bajo un mismo uniforme, desde mañana ya nos tocó solos. Por eso es bueno hacer conciencia del mundo al que nos enfrentamos. A llá afuera hay mil culturas y razas diferentes, muchos credos y aficiones, vicios y virtudes, violencia pero también lugares de paz, periódicos, revistas, libros, gente que se muere de hambre y otra que se harta de tanta comida, hay un infinito de probabilidades y entre más universales nos volvamos, entre más capacidad de conmovernos y de asombro tengamos, seremos mejores seres humanos, y un buen ser humano definitivamente no puede ser un mal médico.

Dentro de un escrito en el cual se habla del principio y del fin, no podemos dejar de lado el medio, más concretamente a quienes estuvieron ahí. Todos los profesores, desde el primero hasta el último semestre nos enseñaron poco a poco el oficio, fieles a su juramento hipocrático. A los padres hay que decirles que realmente esta ceremonia es de ellos, por su esfuerzo y su compañía, porque es meritorio poner en riesgo la economía familiar por el sueño de un hijo. Por mi parte, mis papás han sido como un sol en mi

vida, y me angustia sobremanera no poder alcanzar, por cualquier razón, a realizar por mis hijos la mitad de lo que ellos han hecho por mí. Ojalá que todos ustedes disfruten su ceremonia.

En estos días de inseguridad, postmodernismo y frivolidad encontrar un patrón a seguir, a alguien con quién identificarse, es difícil. Entre nuestros profesores hay muchos, pero hoy quiero resaltar a alguien que desde la entrevista para ingresar a la facultad nos está sonriendo, a alguien que nos acompañó en todo el recorrido y a quien nos encontramos hasta en las fiestas, siempre saludándonos por nuestro nombre. Más de uno recibió su ayuda, más de uno su consejo, sea espiritual o sobre la vida. Todos saben que hablo del Padre Bernal. Padre, le agradezco en nombre de todos los que nos graduamos hoy, de una manera corta y sencilla, el hecho de haber estado con nosotros desde el principio hasta el fin.

Y ya para terminar quiero citar la primera estrofa de un poema inmortal de Borges:

*“Mirar el río hecho de tiempo y agua
Y recordar que el tiempo es otro río,
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua”.*

Compañeros, amigos, quizás los rostros pasen como el agua, quizás no nos volvamos a ver, o tal vez sí. En todo caso el río que nos hace ser uno en un momento determinado, junto con Hipócrates, Esculapio, Galeno o cualquiera de nuestros profesores, es el ejercicio de la medicina. Desde ahora vamos a tener un vínculo que pasa por encima de amistades o enemistades, de rivalidades o simpatías. Desde ahora, vamos a ser colegas.